

# Confesión de parte

CINE  
SCRÚPULOS

Volumen 6  
Número 1  
Enero a junio  
2018

3

Los jóvenes de ahora quieren que su abuelo sea Stan Lee, el viejo más chévere del cine moderno. Yo no. A mí me hubiera gustado tener un abuelo como George A. Romero, quien partió a mediados del año pasado a los 77 años. Todos lo querían. Basta ver a Guillermo del Toro cuando interactúa con él. El discípulo recuerda el estremecimiento y Romero observa incrédulo, con una sonrisa escondida tras su barba espesa y sus ojos traviosos que miran a través de dos potos de botella (sus gafas marca de fábrica). Trata de disminuir los cumplidos y habla de sus errores como si se tratara del más común de los mortales. Y no lo es. Porque solo un genio es capaz de crear una metáfora de nosotros mismos con sus amados zombis.

Pero justo cuando empezábamos a asimilar la partida de George se nos fue otra pieza clave del gore: Tobe Hooper, un creador que tiene una obra plagada de plomazos insufribles y aventuras desteñidas en la pantalla chica. Sin embargo, eso no es motivo para olvidar piezas claves que cualquier fanático del terror con dos dedos de frente debe haber visto y revisto mientras se relame con gusto: *The Texas chain saw massacre*, *Eaten alive*, *Poltergeist* o *Lifeforce*. La presente edición de **CineScrúpulos** está dedicada a la memoria de estos dos revitalizadores del terror, responsables de los cambios que el séptimo arte vivirá en los Estados Unidos durante la década de los sesenta.

Pero no es lo único, porque también damos cuenta de la obra de dos directores asociados a la *nouvelle vague* francesa, el movimiento que de una vez y para siempre marcó el inicio de la modernidad en el cine. Truffaut no necesita presentación porque es prácticamente uno de los padres de la criatura. Controvertido e iconoclasta en sus inicios, desarrolló una obra en la que las películas, en sus propias palabras, constituyen un acto de amor y de ofrenda del director hacia su público. Louis Malle, por otra parte, evidencia un corpus mucho más ecléctico que decanta a partes iguales por el documental y la ficción, pero también por ciertos experimentos de naturaleza plástica o narrativa, películas de género e inclusive acercamientos con el sistema de Hollywood. A pesar de esta aparente incoherencia, las películas del francés resultan frescas y entretenidas.

En el rubro de los artículos, se escarba en las similitudes que existen en las películas de Alejandro Jodorowsky y de Darren Aronofsky, se indaga en la obra cinematográfica y televisiva de David Fincher con el fin de encontrar similitudes o diferencias, exploramos el cine latinoamericano en torno al deporte de multitudes y tratamos de descubrir qué tienen en común las películas de Dreyer y las de Von Trier.

Y que quede claro: Romero no es un zombi. Él es inmortal.

EL EDITOR